

III

SAN BERNARDO MÍSTICO DE ACUERDO A LA REGLA DE SAN BENITO⁸⁰

En el único sermón que nos dejó san Bernardo para la fiesta de san Benito, decía a los monjes:

“Hoy celebramos el nacimiento de nuestro glorioso maestro Benito, y su nombre os regocija porque él es nuestro guía, nuestro maestro y nuestro legislador. En cuanto a mí, aunque tengo el gusto de recordarlo, con vergüenza me atrevo a pronunciar el nombre de este bienaventurado Padre. Porque si bien, tanto vosotros como yo, es a él a quién imitamos en la renuncia al mundo y en la profesión de la disciplina monástica, yo en particular, y a diferencia de vosotros, comparto con él el nombre de Abad. El fue Abad y yo lo soy también. *O Abbas et Abbas* ¡Oh qué Abad y qué Abad! Es el mismo nombre pero uno no es más que la sombra del otro... Desdichado de mí, si estoy tan alejado de ti, en el mundo futuro, o bienaventurado Benito, como ahora lo estoy de las huellas de tu santidad. Es inútil insistir ante vosotros, hermanos; sabéis bien qué poco se asemeja mi vida a la que habéis oído leer esta noche. Solamente os pido que aliviéis mi vergüenza y mi temor con vuestra compasión fraterna”.

En las páginas que siguen, y como su título lo anuncia, quisiéramos mostrar que san Bernardo no siguió de tan lejos, como dice, el ejemplo y la enseñanza de san Benito. Fue de aquellos que, apresurándose hacia la patria celestial, siguieron la línea recta que les indicaba la Regla a través de las Escrituras, de la doctrina de los Padres y de la antigua tradición monástica, Regla de la cual, por otra parte, el mismo san Benito se avergonzaba... ¡Ah! ¡Qué Abades!

Si la santidad cristiana es esencialmente la unión con Dios en Cristo Jesús, la mística no puede ser otra cosa. En este terreno, más que en otros, por razón de los diversos sentidos dados al término “místico”, es necesario precisar el que se adopta. Aquí se trata del sentido que tanto san Bernardo como san Benito habrían comprendido y encontrado aceptable y que resulta de la definición siguiente que da Dom Anselmo Stolz: “Cuando el cristiano escucha lo que Dios le inspira, se aparta de las distracciones del mundo exterior, se aplica a la vida divina que lleva en sí y la profundiza hasta la experiencia, es un místico”.⁸¹ No se puede describir mejor la forma de vivir benedictina y su desarrollo espiritual auténtico en S. Bernardo, cuya mística permanece concretamente ligada a la ascesis. “La ascesis de ningún modo es un preludeo a la vida mística” recuerda con insistencia Don Stolz, “sino un elemento esencial de esta vida: la muerte progresiva de la vida pecadora del cuerpo. Ascesis y mística son pues los dos factores de un único y mismo proceso sobrenatural”⁸².

No siendo la vida mística otra cosa que el desarrollo de la vida de la fe, la encontramos en la Regla, netamente ligada a la observancia para su crecimiento conjunto. “Ceñidos nuestros lomos con la fe y la observancia (*fide et observantia*) sigamos sus caminos por la senda del Evangelio” y al final del mismo Prólogo: “Por este progreso en la ascesis y en la fe (*processu vero conversationis et fidei*) se corre con el corazón dilatado por el camino de los mandamientos” (Pról. 21 y 49). Ascesis y fe, que en la tradición espiritual corresponden a la distinción entre acción y contemplación, en el Prólogo son representadas por el corazón y el cuerpo: “Preparemos nuestros corazones y nuestros cuerpos para la lucha de la obediencia” (Pról. 40) y por el alma y el cuerpo en el cap. 7,8–9: “La escala levantada hacia el cielo, es nuestra vida terrena cuyos lados son nuestro cuerpo y nuestra alma”.

⁸⁰ De *Lettre de Ligugé*, n° 206 –1981, 2. Tradujo: Monasterio Sta. María Madre de la Iglesia (El Pinar – Uruguay).

⁸¹ A STOLZ, osb, *Teología de la mística*, Chevetogne, 2a. edición, 1947, p. 260.

⁸² *Ibid.* p. 222.

San Bernardo no cesará de enseñar esta unidad del compuesto humano. En su Apología, aún afirmando la superioridad de los ejercicios del espíritu, dice que es casi imposible, por no decir imposible llegar y mantenerse en ellos sin la ayuda de los ejercicios corporales. El mejor observante de la Regla porque se trata de esto en esta controversia, será el que realiza unos y otros con discernimiento y oportunamente (*discrete et congrue*) (VII, 14). Lo que san Bernardo llama ejercicios corporales incluye todo lo que concierne a los sentidos, todo lo que es exterior con relación a la conciencia, toda actividad ascética de lucha contra las pasiones y de adquisición de las virtudes, que son condiciones ineludibles de la vida de unión con Dios. Esta se presenta en San Bernardo como una conformidad con Cristo. “Somos transformados cuando somos configurados, no con la gloria de Dios sino con su voluntad... Toda mi gloria, sería oír decir de mí: ‘He encontrado un hombre según mi corazón’. Ahora bien el corazón de Cristo es el corazón de su Padre: “Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso” Y si digo: ‘Muéstrame tu rostro’, expreso el deseo de ver la forma de la imagen divina, que es piedad y mansedumbre. Con toda confianza levanto hacia Él mi rostro porque lo sé mi semejante: ‘Subid hacia Él, está escrito, y seréis iluminados y vuestro rostro no será confundido’. ¿El humilde podría ser confundido por el humilde?” (SC 63,5). La expresión es retomada en una alegoría audaz de unión por la manducación y asimilación: “Unior cum conformor”, estoy unido cuando me conformo, pero en este sermón (SC 71,5) San Bernardo muestra con gran claridad que se trata del acuerdo de las voluntades. “El que se une al Señor se hace un solo espíritu con Él” (*I Co* 6,17), es necesario pues un acuerdo (*consensio*) para que, permaneciendo dos se hagan un solo espíritu. A diferencia de la unidad del Padre y del Hijo que en este amor de conformidad son uno, sustancialmente, hay encuentro de voluntades, una “connivencia” (*conniventia*) (SC 71,8) “Tal conformidad desposa al alma con el Verbo, cuando, de semejante que es con el Verbo por naturaleza en adelante se hace semejante por voluntad (SC 83,5). El P. de Lubac comparando distintos tipos de “místicas”, nota que, sí subsiste la dualidad personal en el matrimonio espiritual, “S. Bernardo, ha comentado más de una vez, este ‘unus spiritus’, realizado por la unión de amor que es unidad de voluntades. Se comprende imperfectamente ya sea a S. Bernardo ya sea a todos aquellos que exponen una mística de la voluntad, porque no se ve que para éstos lo más profundo del ser es la voluntad”⁸³. Hay fórmulas de S. Bernardo que dicen esto muy claramente: “La vida del alma está en su voluntad” (Div 108), o: “Nuestro espíritu no está tan presente en aquello que anima cuanto en aquello que ama” (Praec 20,60). Esta voluntad no es nunca irracional, cosa que llevaría al voluntarismo, sino que es guiada por la sabiduría que es inteligencia “y gusto de las cosas tal como son” (Div 15,4; 18,2; SC 50,8). Esta definición de la sabiduría era la que San Bernardo citaba a menudo nos dice su biógrafo (*Vita Prima*, lib. III,1). La fundaba sobre su propia experiencia. Vale igualmente en el terreno de la vida mística que, según una expresión de Blondel, se caracteriza por “el contacto directo e inmediato del espíritu con la realidad”.

Pero donde san Bernardo revela mejor su pensamiento sobre la unión mística y sobre el itinerario que a ella conduce es en el sentido que le da al versículo de la 1ª epístola de san Juan: “Sabemos que seremos semejantes a Él porque le veremos tal cual es” (3,2). Invirtiendo la fórmula da su verdadera exégesis: “esta semejanza va acompañada de la visión de Dios, o mejor, ella misma es esta visión, me refiero a la caridad. La caridad es esta visión porque ella es la que realiza la semejanza (SC 82,8). Más que de un “socratismo cristiano” –M. Gilson calificaba así la teología mística de san Bernardo– habría que hablar de un “moralismo místico”, porque no es el conocimiento el que es transformante sino que la conformidad es visión unitiva. La moral cristiana no es moralizante es la vida del ser nuevo regenerado por el misterio Pascual del paso en Dios. Para calificar este moralismo místico, sería necesario poder utilizar las expresiones familiares a los antiguos. Se trata de una tropología que extrae sus normas de la alegoría, misterio de la unión divina con el alma, en la Iglesia, y que, por otra parte, tiende hacia la anagogía, cumplimiento escatológico de la fe tanto como de la vida. “En esto sabemos que le conocemos, si guardamos sus mandamientos” (*Jn* 2,3).

Si la unión con Dios reside en el acuerdo de las voluntades, gracia y libertad obran conjunta, simultánea e indisolublemente (*mixtim, simul non vicissim, ab utroque*) (Gra XIV, 47). La libertad está salvada por su consentimiento (*con-sentire* = tener el mismo sentimiento) y así Dios está presente

⁸³ H. DE LUBAC, *La mística y los místicos*. Prefacio. Desclée de Brouwer, 1964, p. 31.

en el ser libre por un acuerdo de voluntad (*concordia voluntatis*), por consentimiento recíproco (*consensio*). Dios quiere lo que quiere el hombre que hace su voluntad. Tal es la naturaleza del amor. (Mis. III, 4). Así es como el alma humana es capacidad de Dios (*capax Dei*) y que el amor es inteligencia (*Amor ipse intellectus*). También en esta perspectiva debe comprenderse toda la ascesis de la renuncia a la voluntad propia, que es rechazo, mala voluntad, separación de Dios.

La acción transformante de la Trinidad es descrita por san Bernardo al final de su tratado “De los grados de humildad y de orgullo”. Es, a la vez, ética y mística. El Hijo da la forma de la humildad, forma en la humildad: es la *schola humilitatis* donde la enseñanza del Maestro es la comunicación de su corazón humilde; el Espíritu Santo como hermano y amigo comunica la caridad fraterna, es la *schola caritatis*. De la “conjunción” del Verbo con la conciencia nace la humildad, de la “conjunción” del Espíritu con la voluntad nace la caridad. Bajo la conducción de este Maestro y de este guía (*docens, ducens*), los discípulos entran en la cámara del Rey y son estrechados por los brazos del Padre. Allí, habiéndose hecho silencio en el cielo, reposan en un sueño, durante el cual, oyen los secretos del Rey, pero su corazón vela y recordarán estos secretos al volver en sí... En adelante podrán hablar y comunicarse las realidades del Espíritu con los sabios y espirituales (Humil. VII,21). San Bernardo, en oposición a los místicos intelectualistas o psicologizantes nunca va a precisar ni el modo ni los estados del alma de estos instantes privilegiados, pero insistirá siempre sobre sus lazos con la vida virtuosa. No hay éxtasis sin amor de caridad y no hay amor sin humildad. La acción indivisa de la Trinidad según las propiedades de las Personas también debe liberarnos de una concepción sistemática, lógica o cronológica de lo que los antiguos ordenaban en grados.

San Bernardo describe tres modalidades del proceso de entrada en la Verdad: conocimiento de sí, del otro y de Dios y es muy significativo, y generalmente se lo subraya poco, que lo sitúa a nivel del duodécimo grado de humildad de san Benito. Esta verdad se identifica con la caridad y es así como San Bernardo comprende el pasaje del cap. VII de la Regla que dice: “Una vez subidos todos estos grados de humildad, el monje llegara enseguida a la caridad de Dios”. Lo dice expresamente en otro pasaje: “Esta ley del retorno a Dios, es la ley de la humildad que San Benito presenta en 12 grados para que por ellos lleguemos a Cristo Verdad. Subidos estos 12 grados se alcanzó la verdad. ‘Venid a mí, vosotros que sufrís’, a mí, la Verdad, por la humildad, para ser reconfortados, restaurados por la caridad. Esto es precisamente lo que dice San Benito” (II,4). La ley de la caridad, como la ley de la humildad, debe comprenderse no en un sentido jurídico o legal, sino en el sentido de una ley física (*Amor meus, pondus meus*). La ley de atracción de los espíritus no es menos fuerte y universal que la de los cuerpos: “Esta unión (*conjunctio*), se realiza en el espíritu porque Dios es espíritu y El desea la belleza del alma que ve caminando en el espíritu” (SC 31,6). Dios mismo vive bajo la ley de la caridad. Dios es caridad, la caridad es don de Dios. ¿Qué es lo que une a la Trinidad sino la caridad?” (Dil. XII,35).

No puede haber graduación en la orientación intencional del espíritu de humildad, como no la puede haber para el espíritu tu de verdad, de libertad o de amor. Decir que uno se siente humilde frente a Dios pero hasta cierto grado, no tendría ningún sentido. La experiencia de la humildad es la de una dependencia total frente al ser que amo, porque sin él no soy nada ni puedo nada⁸⁴. San Bernardo percibió bien esta disposición fundamental cuando colocó la humildad en el comienzo de toda vida de caridad pero esta misma disposición permanece siendo el modo de recibir la gracia en su más alta manifestación. En una de sus últimas reflexiones respecto a la unión con Dios él decía: “Por fin me preguntaréis: ‘¿Qué significa gozar del Verbo?’ Pero si es posible experimentarlo es imposible hablar

⁸⁴ En el reciente Simposio de Roma con ocasión del centenario de san Benito, el Padre J. M. TILLARD dijo con respecto al capítulo 7 de la Regla: “Permítasenos confesar con toda simplicidad que siempre nos sentimos decepcionados por los comentarios. Nos parece que se moraliza demasiado. La humildad de la que habla la Regla, antes de ser un camino de ascesis es conquista de la verdad del hombre sobre sí mismo delante de Dios. Pasa por la ascesis sólo para desembocar en la verdad. La humildad se adquiere delante de Dios”. A la vez nos sentimos decepcionados de no ver citado el comentario de san Bernardo en razón del término “verdad”. En cuanto a la expresión “delante de Dios”, repetida y subrayada por el Padre Tillard, nos parece sugerir el proceso fenomenológico que, a partir de lo que aparece, describe la intencionalidad existencial. Los padres maestros y las madres maestras del oeste de Francia estudiaron durante estos 3 últimos años en sus encuentros, según este método, tres grados de humildad: el tercero, el quinto y el doce. El texto de estas conferencias será editado dentro de poco tiempo por la Abadía de La Coudre, en Laval.

de ello. Si tienes curiosidad por saber de qué se trata, prepara no tus oídos sino tu corazón. Ningún lenguaje puede enseñar esto sino solamente la gracia. Esta se revela a los pequeños y permanece escondida a los sabios y prudentes. La humildad es una virtud muy grande, más aún, sublime, pues promete lo que no puede enseñarse, hace capaz de captar lo que no se aprende, engendra del Verbo y por el Verbo lo que ninguna palabra puede explicar. ¿Por qué esto es así? No en razón de sus méritos, sino porque fue del agrado del Padre del Verbo que sucediese así” (SC 85,14). Si nos hemos extendido sobre este aspecto humilde de la vida mística, es porque aquí san Bernardo se muestra eminentemente discípulo de san Benito. Posiblemente la humildad de la caridad sea una de las notas más características de la doctrina benedictina. Por eso san Benito la menciona explícitamente dos veces: “con la humildad de la caridad” (61,4), y “amen a su abad con una humilde y sincera caridad” (72,10), en donde se ve la equivalencia entre la humildad y la verdad. Una discípula de san Bernardo ha señalado a propósito de las variaciones brillantes que abren el tratado de la humildad, referentes a Cristo que es el camino, porque es humilde, al mismo tiempo que es verdad y vida. “El camino de la humildad es desde ya el fin porque el camino es también la verdad y la vida”. El que se anonadó hasta la Cruz es también Luz. La ascesis no está separada de la visión. El camino se confunde con la luz a la que conduce”⁸⁵.

Retengamos aquí del tratado “Del amor de Dios”, que sólo “la caridad convierte las almas, haciéndolas de buena voluntad” (*Caritas convertit animas quas facit et voluntarias*) (XII,34). La caridad libera la existencia dándole la posibilidad y el gusto de amar aquello que verdaderamente vale la pena ser amado. La existencia accede así al ser. La intención fundamental se licua, por así decir y se desliza en la corriente de la voluntad divina (*liquescere, transfundi*). Es el sentido que atribuye san Bernardo a la oración “que se haga tu voluntad así en la tierra como en el cielo”. Puesto que la Escritura nos enseña que Dios creó todo por sí mismo, es evidente que todo ser creado se configurará y estará en perfecto acuerdo con su Creador y será divinizado compartiendo este mismo sentimiento (VIII,28). Es el “camino recto y rápido hasta nuestro Creador” del final de la Regla (73,4). Sobre este camino que lleva al cuarto grado de amor, donde el ser se ama a sí mismo sólo por Dios, sucede accidentalmente que una más viva experiencia reanima la esperanza. Estas experiencias son fugaces, raras y gratuitas y de ningún modo necesarias en relación con la bienaventuranza prometida. Es significativo ver a san Bernardo insistir sobre la precariedad de estos dones pasajeros: “Raro interdum, aut vel semel, et hoc ipsum raptim, atque unius vix momenti spatium” (X,27) o “rara hora, parva mora” (SC 23,15). Estos instantes son estímulos en el camino de los grados segundo y tercero, cuando el monje, poco a poco e insensiblemente (*paulatim sensimque*), entra en relación con Dios por las obras diarias de la vida monástica: “la reflexión, el estudio, la oración, la obediencia” (*cogitando, legendo, orando, obediendo*) (XV,39). Pero “los fieles saben bien cómo necesitan de Jesús y de Jesús crucificado... cortan del árbol de la vida, donde el autor de la vida fue clavado, estos frutos que tienen el gusto del pan del cielo y el color de la sangre de Cristo... Se reaniman sus fuerzas por los frutos de la Pasión, recogidos del árbol de la Cruz y por las flores de la Resurrección cuyo perfume invita al Señor a volver a visitarlos” (III,7,8). Lo que sostiene su fervor es el recuerdo, memoria del primer advenimiento. En el curso de esta peregrinación de la vida, nunca recordaremos bastante, el amor que nos ha testimoniado Cristo, aun cuando, mientras se va de camino, no se puede conocer la alegría plena de su presencia, *praesentia* (III,9. 10). Pero hemos encontrado en el Verbo abreviado y que abrevia, el camino más corto de la salvación (VII,21)⁸⁶.

⁸⁵ Hermana MARÍA EMANUEL GUILLAUME (BRIALMONT), *San Bernardo y la simplicidad cisterciense, Revue Générale Belge* 89 (1953) 505–524 (509). Destaquemos también que ya en 1927 se dictó una conferencia en el Congreso de Dijon sobre este tema: W. WILLIAMS, *El aspecto ético del misticismo de san Bernardo*, en *San Bernardo y su tiempo*, tomo II, Dijon, 1929, pp. 308-318.

⁸⁶ “Siempre el misterio domina la mística; rige su experiencia, es su norma absoluta. La experiencia mística del cristiano no es una profundización de Sí; es profundización de la Fe... La interiorización por la mística es una exigencia de este mismo misterio... Si, por la palabra de fe, se entiende en primer lugar únicamente la sumisión a la Palabra que resuena fuera, se podrá decir que esta fe es promesa de experiencia y es esto lo que dice por ejemplo san Bernardo, en un lenguaje análogo al de san Agustín, diciendo que es promesa de inteligencia. Pero san Bernardo sabe muy bien que en realidad, por su experiencia, no sobrepasa la fe... El misticismo cristiano no puede ser sino un misticismo de conversión. Por esta razón su efecto, en relación con la religión en cuyo seno se manifiesta, aparece a la inversa de lo que se da generalmente en otras partes... (para el budista particularmente). La mística roe el mito, lo deja para aquellos que, no habiendo alcanzado su grado de interioridad, tienen aún necesidad de él... Observemos al espiritual cristiano Cree en la encarnación del verbo de Dios y

El misterio de la Encarnación es, no solamente el fundamento único de toda la teología espiritual de san Bernardo, sino también aquél al que se refiere explícita o implícitamente en todas las páginas de su obra literaria. En el sermón sobre El Cantar expresó el sentido esencial que tiene para él. “Pienso que la razón principal por la que Dios invisible ha querido ser visto en la carne y ha querido vivir con los hombres como un hombre, ha sido atraer en primer lugar al amor salvífico de su carne, todos los afectos humanos de los seres que no conocían otros y conducir así gradualmente (*gradatim*) al amor espiritual” (SC 20,6). Este no es el lugar de seguir el desarrollo por el que san Bernardo muestra la necesidad (relativa) del paso del Verbo-Carne al Verbo-Espíritu. M. Marión acaba de mostrar toda su importancia: “La adhesión al Cuerpo de Cristo no es “camal” porque una señal de infamia tocaría la realidad corporal –Cristo la santificó asumiéndola– sino porque en la proximidad de una familiaridad cerrada, el cuerpo se vuelve trivial, de modo que allí falta lo divino que se entrega a través suyo”⁸⁷. Lo que me parece interesante notar es que, tanto en la devoción a la humanidad de Cristo como en el grado superior de participación en el Verbo-Espíritu lo que le importa a san Bernardo son las virtudes morales. En el primer caso el atractivo afectivo por la persona visible de Jesús apacigua y hace desviar hacia Él cualquier otra voluptuosidad carnal, mientras que en la unión espiritual con el Verbo, son sus virtudes de sabiduría, de justicia, de verdad, de santidad, de piedad, las que Él nos comunica. En fin, esta unión con el Verbo nos hace amar la santidad de vida y la disciplina de las costumbres, (*amica sanctitatis vitae, morum disciplina*), ella nos hace rechazar como naturalmente (*naturaliter*) lo que está mal (SC 20,8). “No preferir nada al amor de Cristo”; es para san Benito “romper con las formas de obrar del mundo” (IV,20. 21) y hacerlo “como naturalmente por amor a Cristo y delectación de las virtudes” (VII,68–69)⁸⁸.

Si pasamos ahora de la doctrina de san Bernardo a lo que él nos ha revelado de su propia experiencia mística, debemos resaltar en primer lugar, que rara vez habló de ella porque el amor es un terreno del cual es muy difícil comunicar en público la experiencia personal, y también porque san Bernardo en cuanto Abad, se dirige al conjunto de su comunidad. “Que cada uno guarde para sí lo que alguna gracia especial le ha concedido conocer y experimentar... En cuanto a mí, expresaré en público lo que he recibido de la enseñanza común” (*ego quod de communi accepi, profer in commune*) (SC 22,4).

Entre estas pocas confidencias, está la que se encuentra en el Sermón 74 sobre *El Cantar*: “Soportad un poco de locura de mi parte. Confieso –y lo digo con toda simplicidad– que el Verbo me ha visitado y aún muy a menudo... He sentido que estaba presente; me acuerdo que estaba conmigo; más aún, a veces he podido presentir que vendría, pero nunca sentí su venida ni su partida... Me preguntaréis entonces, ya que no se pueden descubrir los rastros de su venida, ¿cómo pude saber que estaba presente?”. Y he aquí cómo san Bernardo califica la realidad de su experiencia mística: ni visiones, ni palabras oídas, ni algún fenómeno físico o psicológico sino únicamente una transformación moral. “Es por el movimiento de mi corazón que he reconocido que estaba allí. He reconocido su fuerza y su poder porque se apaciguaron mis vicios y mis pasiones. La acusación de mis sentimientos oscuros me ha conducido a admirar la profundidad de su sabiduría. He experimentado su dulzura y su bondad en el pequeño progreso de mi vida” (SC 74,4–6). San Bernardo nos dice que a veces ha presentido la venida del Verbo. En el Sermón 57 habla de esto y en términos que no hacen más que confirmar el

esta simple Palabra “creer” contiene algo de absoluto, insuperable, definitivo”. H. DE LUBAC, prefacio a *La mística y los místicos*, o. c., pp. 26-27; 34-35.

⁸⁷ J. MARION, *El ídolo y la distancia*. Paris, Grasset, 1977, p. 152.

⁸⁸ “En el yoga, las actitudes morales ocupan la parte inferior de la escala ascética. Son los preámbulos, los preparativos a los 3 grados superiores del yoga, las bases lejanas de la absorción mística. A las virtudes morales se las presupone en el plano de los grados supremos, pero no se los menciona allí, ni reciben ningún nuevo desarrollo. En la “santificación” (cristiana) la relación entre moral y mística es exactamente a la inversa. Cuando la santificación se combina con la mística –lo que por otra parte no es de ningún modo indispensable– el éxtasis místico permanece subordinado al perfeccionamiento ético y no éste a aquél. Las señales de la santidad son la humildad, la fe, la esperanza creciente y sobre todo un amor más ardiente y desinteresado, tanto hacia Dios como hacia el prójimo... El supremo valor moral no es el dominio de sí (como en el yoga), es el abandono a la Voluntad divina... Por último la lista de las virtudes yoga no menciona la humildad, y entre los obstáculos para la espiritualización no se encuentra el orgullo, que es el obstáculo central de la experiencia cristiana”. J.-A. CUTTAT, *¿La experiencia cristiana es capaz de asumir la espiritualidad oriental? Los 5 primeros grados del yoga*, en *La mística y los místicos*, o. c., pp. 834-835.

aspecto moral de estas advertencias: “Si soy advertido por un hombre, o interiormente por el Espíritu Santo, de que guarde la justicia y la equidad, tal exhortación saludable es para mí el anuncio de la inminente venida del Esposo y una preparación para recibirlo... La esperanza me sonríe, cuando oigo hablar de humildad, de paciencia, como también de caridad fraterna y de obediencia al superior; y sobre todo cuando se trata de la santidad, de la paz y de la pureza de corazón porque dice la Escritura: ‘Hizo de la paz su lugar’ (S. 75,3)” (SC 57,5).

¡La paz! “La invitación a la paz. La paz es el tema constante o mejor dicho único, de la predicación de san Bernardo. ‘Tened siempre vuestras almas en vuestras manos para que comprendáis lo que el Señor Dios dice en vosotros, ya que Él habla de paz’ (Div. 9,2). El lugar espiritual hacia donde Él desea conducirnos es el de la paz. Podríamos expresar todo el sentido de su doctrina y la riqueza de su experiencia por las palabras de Claudel en su Himno de san Benito: “Da su consentimiento a la paz”⁸⁹.

Este juicio del filósofo, el del “consentimiento al Ser” M. Aimé Forest, es exacto, porque en sus frecuentes enumeraciones de las virtudes, la de la paz ocupa siempre, en san Bernardo, la cumbre. En efecto, si la paz es para él acuerdo perfecto de las voluntades que consienten, es decir el amor en acto, la invitación a la paz es también el don supremo de la gracia que recibe el ser creado por su acto más libre y más simple en su verdad. “La simplicidad expresa la pureza de un querer enteramente entregado a sí mismo, conforme a su verdadera espontaneidad bajo la moción de la gracia. Es ir más allá de una iniciativa en la cual existiría aún alguna inquietud o alguna búsqueda de sí”⁹⁰.

Dante comprendió bien, que sólo san Bernardo podía conducirlo, más allá de las sonrisas y de las sabias explicaciones de Beatriz, hasta este acuerdo “de su deseo y de todo su querer con el Amor que atrae en su esfera el movimiento del sol y de las estrellas”. ¿El poeta más cristiano no expresó acaso en un verso toda la espiritualidad bernardina? “En su voluntad está nuestra paz” (Paraíso, canto III). Cuando vio a san Bernardo, le pareció que era un peregrino venido desde lejos para contemplar bajo el velo de Verónica la verdadera imagen de Dios. “Él era la caridad viviente, habiendo ya, por esta contemplación, gustado esta Paz” (Paraíso, part. XXXI).

Toda mística cristiana es activa en tanto es fecunda o profética, en el sentido primitivo de la palabra. “Gozar del Verbo es una cosa y otra dar fruto por Él y la caridad fraterna hace, de esta fecundidad, un deber” (SC 85,13). “Si el monasterio es una casa de oración a la cual conviene la santidad, esto no alcanza, es necesaria la paz”. Y san Bernardo cita a este respecto un versículo de la epístola a los Hebreos que le es querido: Procurad la paz con todos y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor’ (12,14). Cristo es nuestra paz, pero sin lazos pacíficos, sin observancia, sin disciplina y sin autoridad no existe sino una multitud, un agregado acéfalo, no un pueblo sino una muchedumbre, no una ciudad sino una confusión. Sólo hay ciudad por la comunión en la vida social (Dedic. V,8–9).

La paz permanece ligada en la historia al nombre de san Benito, más que a la *Pax* romana. Sin embargo, esa palabra no aparece sino raramente en la Regla. Pero los pasajes en donde se encuentran nos muestran bien que existe una mística ligada a la práctica de la vida moral. “Evita el mal y haz el bien, busca la paz y síguela” (Pról. 17; S 33,15). ¿Qué sentido preciso podría tener un principio tan general si no estuviera aplicado a situaciones concretas en las cuales los monjes se encuentran personalmente implicados? ¿No es acaso “aquel que ha profundizado hasta la experiencia la vida divina que lleva en sí” (de acuerdo a la definición de mística de A. Stolz) quién podrá responder a esas situaciones y dar la paz como un buen árbol da buenos frutos? Solo la caridad podrá inspirar la justicia que permite la distribución desigual en las cosas necesarias a las necesidades de cada uno y, “de este modo todos los miembros estarán en paz” (34,5). Si es conveniente que toda la organización del monasterio descansa sobre el abad solo, es por la salvaguardia de la paz y de la caridad (65,11) y ¿cómo no reconocer un carácter “místico” a los gestos por los cuales los hermanos encuentran a Cristo verdaderamente (*revera*) en los huéspedes y se asocian a ellos en la paz y en la caridad? (53,5). Buscar la paz en esos signos visibles es más que favorecer un clima, es buscar a Dios, cuyo lugar es la paz.

⁸⁹ A. FOREST, *S. Bernardo y nuestro tiempo*, en *S. Bernardo teólogo*, Analecta S.O.C, Roma, 1953, pp. 298-99.

⁹⁰ *Ibid.*, p. 295.

Porque es la caridad perfecta que torna activa la paz. “Entre los hijos de la paz, dice san Bernardo, existen los pacificados, los pacientes, y los pacíficos... Estos últimos no han hecho, solamente, la paz consigo mismos y con los otros, ellos aman incluso a aquellos que quieren destruirla, hacen la paz pacificando a los que la odian. A estos Dios los ama, con ellos Él construye, como con piedras vivas, el templo de su sabiduría” (Div. 98).

Citemos, para terminar algunas frases aún del elogio que san Bernardo hace de san Benito:

San Benito es un árbol grande cargado de frutos: es el árbol plantado al borde del río de agua viva. ¿Hacia dónde corren los ríos? ¿Quién ignora que los torrentes descienden desde las cimas hasta los valles? ‘Dios resiste a los orgullosos y da su gracia a los humildes’ (St 4,6)...

Fue amado por Dios y por los hombres. No sucedió con san Benito como con muchos santos que fueron amados solamente por Dios porque sólo fueron conocidos por Él; su sola presencia (*presentia*) fue fuente de bendición. Benito fue también amado por los hombres y por este motivo el recuerdo que conservamos de él es aún hoy una fuente de bendición... A nosotros, hermanos, nos toca imitarlo, ya que vino para darnos la forma y mostrarnos el camino...

¿Qué podemos agregar a esas palabras de san Bernardo? El gozo de poderlas repetir después de más de ocho siglos no puede sino tornar nuestro caminar más alegre y más seguro. “Lo que llamamos “nuestros” méritos, dice san Bernardo al terminar su tratado sobre la gracia, digamos más bien que son brotes de esperanza, chispas de caridad, índices de una predestinación siempre escondida, felices presagios de dicha futura. No son títulos que nos den derecho a reinar sino el camino del Reino” (*Via regni, non causa regnandi*) (Gra XV,51).

¿No es acaso este misterio del Reino y su mística los que salvan la moral, la liberan y la justifican?

*Scourmont
Bélgica*